

tuvo que dedicarse. Así lo definía él mismo en uno de los párrafos más importantes de *El quadern gris*, fechado el 23 de diciembre de 1918: «Es objetivamente desagradable no sentir ninguna ilusión –ni la ilusión de las mujeres, ni la del dinero, ni la de llegar a ser alguna cosa en la vida–, nada más sentir esta secreta y diabólica manía de escribir –con tan poco resultado–, a la cual sacrifico todo, a la cual, probablemente, sacrificaré todo en la vida. Me pregunto: ¿qué es preferible: un pasar mediocre, alegre y conformado o una obsesión como ésta, apasionada, tensa, obsesionante?»⁵.

La principal originalidad de la autobiografía de Josep Pla proviene del hecho de que el elemento retrospectivo, el esfuerzo de anamnesis, no es dominante ni exclusivo. La obra de Pla es una especie de autobiografía impura, *in progress*, en movimiento, un proyecto de juventud que se desarrolla fragmentariamente, que se renueva en cada edición, y que encuentra en el dietario, en el diario íntimo, el ejemplo ideal para manifestar su funcionamiento de escritura. Es cierto que normalmente no se acepta la noción de relato para el dietario, porque éste, a diferencia por ejemplo del relato autobiográfico, no es retrospectivo, no está escrito con posterioridad, sino que adopta la inmediatez del presente; pero es que mayoritariamente a partir del presente Pla desarrolla en su literatura una cierta poética de la presencia. Como convención genérica, el dietario es una forma libre que permite una escritura discontinua, poco codificada. *El quadern gris*, su dietario más significativo, es un texto en el que un narrador autodiegético con el mismo nombre que el elemento extratextual, el autor, presenta en forma de dietario de juventud una serie diversa temática y formalmente de textos. Pues bien: hoy en día sabemos que este dietario es en realidad un falso dietario, un texto reconstituido cuarenta años más tarde, manipulado a conciencia, retocado, ampliado o mutilado. Se trata de un pretendido dietario íntimo de juventud correspondiente a los años 1918 y 1919 en el que un joven escritor llamado Josep Pla sufre dolorosamente su entrada en el mundo de los adultos y persigue con tenacidad y ansiedad su ambición de convertirse en escritor. Publicado en 1966, la crítica tardó en comprender que este supuesto diario íntimo era en realidad la síntesis cronológica y temática de toda la obra que Pla había publicado desde los años veinte. Al contrario de otros diaristas, su pretendido dietario no es la cantera temática y estilística de donde sale el resto de la obra sino, como ha demostrado Joaquim Molas⁶, el texto central de un escritor que, al final de su vida, escoge el dietario como estructura formal para recuperar textos publicados en el pasado, caracterizados por su extrema variedad, e incluirlos, siguiendo

⁵ Josep Pla, *El cuaderno gris. Un dietario*, op. cit., p. 325.

⁶ Joaquim Molas, «Notes sobre El quadern gris de Josep Pla», en *Miscel·lània Sanchis Guarner, I, València, Universitat de València, 1984*, p. 225-232.

las convenciones formales del género, bajo las imprescindibles inscripciones temporales y espaciales. Las fechas de este supuesto dietario son, en su mayor parte, falsas, es decir no corresponden a un orden cronológico verdadero, los anacronismos son frecuentes y las incongruencias evidentes⁷. Sin embargo, las falsas fechas sirven para estructurar el texto, para marcar un ritmo de escritura y de lectura y, paradójicamente, son un orden cronológico sospechosamente perfecto que en vez de suponer una adhesión a la realidad, a la espontaneidad y a la verosimilitud de la escritura son la muestra más evidente del carácter artificioso y ficticio de este libro. Existen, en fin, cada día más indicios que nos permiten afirmar que la imagen que el lector se puede construir de la vida del autor de este diario íntimo no coincide con la realidad biográfica de dicho autor en el mismo período⁸. Es sabido que para que un texto sea considerado autobiográfico existe una condición *sine qua non*: debe producirse la identidad nominal entre el autor, el narrador y el personaje protagonista de la historia. Sin embargo, la lectura de la obra de Josep Pla, a partir del ejemplo de *El quadern gris*, demuestra que la existencia de esta identidad de nombre no significa necesariamente que este Josep Pla narrador que relata desde el presente de la enunciación la llegada del Josep Pla personaje al mundo de la literatura tenga algún parecido con el Josep Pla autor, dotado de una biografía civil verificable.

La literatura de Pla pone pues en cuestión las relaciones con el referente y con la verdad, y representa una clara transgresión al indispensable pacto referencial que define a toda obra autobiográfica, ya que la autenticidad de lo vivido no está nunca asegurada y porque las relaciones entre lo real y lo imaginario son extremadamente complejas. Un segundo ejemplo será quizás suficiente para ilustrar esta característica de su escritura. En la narración «Records de Florència» (*La vida amarga*, O. C. 6) Pla explica el viaje que realizó en el verano de 1921 a Florencia. En realidad, hoy se sabe que fue en el verano de 1922 cuando Pla viajó a la ciudad italiana. Este error cronológico no tiene ninguna importancia desde nuestro punto de vista, pero no conviene tampoco olvidarlo ni negligirlo. «Records de Florència» es aparentemente un relato autobiográfico. Un narrador en primera persona rememora con más o menos precisiones y detalles su estancia de varias semanas en la ciudad, evoca algunas anécdotas ocurridas al grupo de artistas e intelectuales catalanes que se encontraban en aquel momento en Florencia, recuerda algunas de sus lecturas preferidas sobre la literatura de viajes (Vasari, el presidente Des Broses, Goethe, Stendhal...) o sobre crítica de arte (los libros de

⁷ Véase la monografía que Lluís Bonada dedica a *El quadern gris*, Barcelona, Empúries, 1985.

⁸ Véase nuestro prólogo al volumen de correspondencia de Josep Pla: *Cartes a Pere*, Barcelona, Destino, 1996.

Benedetto Croce y Bernard Berenson, que tanto influyeron a Pla), etc. «Records de Florència» es una narración que no merecería ningún interés particular desde el punto de vista del análisis de lo que proponemos llamar autoficción si no fuera porque, en las últimas páginas, presenta un episodio que atrae poderosamente nuestra atención: se trata del supuesto *encuentro* de Josep Pla con el pintor impresionista francés Pierre-Auguste Renoir. En efecto, Josep Pla no sólo afirma haber visto al pintor, sino que asegura con gran precisión y detalle que lo vio, que se acercó a él, que lo siguió, que hablaron y que entablaron una conversación sobre el arte italiano del Renacimiento. A partir de los indicios que posee (Florenia, año 1921, el escritor Josep Pla recuerda haber visto al pintor Renoir, etc.), el lector podría continuar leyendo la narración en un registro realista-referencial-autobiográfico, pero pronto puede darse cuenta de que este texto es mucho más malicioso de lo que parecía. Este episodio, intensamente codificado desde el punto de vista autobiográfico, no pasaría con éxito la prueba de verificación que se supone a cualquier texto autobiográfico, porque la «realidad» histórica de los hechos desmiente categóricamente lo que Pla explica o pretende explicar como verdadero. Es decir: es imposible, desde el punto de vista de la fidelidad y del respeto a los hechos, que Pla se encontrase, viese o hablase con Renoir en Florenia en 1921, porque el pintor Renoir murió en 1919.

Lo que sí es interesante señalar, en cambio, es que Josep Pla se inventó un episodio que es protagonizado por un personaje llamado también «Josep Pla». Es decir que en un texto imaginario el escritor da su nombre a un personaje que es también el narrador de la historia. Pla implica constantemente su nombre en su literatura, pone en juego su identidad en un sentido estricto, y esto no tiene ya nada que ver con la literatura meramente autobiográfica. El narrador, identificado hasta el momento a un yo real, es de hecho un yo que debe ser tratado como ficticio. Pero lo que hace inclinar la escritura de Josep Pla hacia la autoficción, es que éste aparece siempre sin máscara alguna o *alter ego*, y la identidad nominal existente entre el autor y el narrador favorece la identificación total entre las dos instancias. En este tipo de literatura lo que importa es el resultado final, porque el lector, si no dispone de los datos históricos exactos, difícilmente se da cuenta de nada. Esta es la característica común a toda la obra de Josep Pla y, leída desde esta perspectiva, éste puede ser uno de los aspectos más sugerentes y más innovadores de su literatura.

Como es sabido, que un escritor utilice su existencia, su memoria, su biografía, para elaborar una obra narrativa de ficción es un fenómeno corriente. Que Josep Pla pertenece a esta categoría de escritores parece incontestable puesto que insiste explícitamente en narrar su propia vida. Pero, aunque no podamos decir realmente que Josep Pla sea un autor de

ficciones, ya que entre la referencialidad y la ficción, parece imponerse siempre la autobiografía, sí podemos defender en cambio que Josep Pla es un autor que adapta con una gran libertad el registro autobiográfico, sin respetar nunca exclusivamente las exigencias de verificación, de fidelidad o de exactitud, para elaborar una obra que es la recreación de una experiencia vivida pero que no es esta misma vida y en la que bien podríamos decir que el protagonista es y no es Josep Pla. El proyecto autobiográfico de Josep Pla parece ser un ejemplo más de los múltiples avatares de las formas literarias autobiográficas, ya que se sitúa en una ambivalencia irreductible, en la intersección de dos trayectorias, la de la autobiografía y la de la autoficción.

Xavier Pla Barbero



Josep Pla en el mas Pla (1947) con Rafael Vázquez Zamora y Josep Vergés